



Un día de Abril en el Valle del Elqui

por HUGO ERCILLA O.

Allí en el cercano norte, en el llamado Norte Verde, en uno de esos apacibles pueblos como patinados por el poleo de los siglos que anidan en medio de recónditas valles, nació un día de abril aquella mujer-cumbre que fue Gabriela Mistral.

Vicuña, la quieta ciudad nortina con antiguas casonas, de opulentos huertos donde crecen lozanos y pródigos los papayos y paltos y en cuyos jardines bellas flores estallan en una orgía de colores y de fragancias, Vicuña, la ciudad donde se empina la típica Torre de Baser, fue el sitio donde por azar nació Lucila Godoy Alcayaga cuyos padres se trasladaron allí desde el vecino poblado de La Unión, o aldea de la Greda a orillas del río Claro, la víspera del seis de abril de 1889.

Era de Semana Santa aquel día de abril y en las húmedas y sombrías capillas alumbradas por mortecinos cirios de perfumada cera de los valles comarcanos, apenas se distinguían las postradas siluetas de los lugareños mascullando sus letanías frente a las imágenes cubiertas por moradas túnicas. Afuera era soledad total y el silencio y la tristeza pueblerina de aquellos días de Semana Santa a fines del siglo pasado sólo era turbado por el gorfear mañanero de los pájaros y la loca ufanía de las avicillas en los atardeceres.

Para Gabriela Mistral su tierra de origen fue otra, allí cercana, y ella misma se encargó de establecerlo cuando afirmó:

"La verdad es que yo miro como mi tierra de origen la aldea anterior a La Unión, donde pasé mi infancia, de los 3 a los 9 años, y que se llamaba Monte Grande. Yo creo que el país de la infancia es el verdadero país de origen".

Monte Grande está allí a un paso de La Serena en la ruta ferroviaria que por el ubérrimo valle de Elqui se extiende hasta Rivadavia en los primeros contrafuertes andinos donde las suaves laderas aparecen enmarcadas por los vifedós productores de azucaradas uvas y aromáticos piscos.

En Monte Grande el paisaje es recio y dulce a la vez. Lo coronan altivos cerros de pétrea consistencia que levantan sus testas adustas, estrididas por los siglos, enseñoreándose sobre el risueño y breve valle en cuyo fondo corre rumoroso el Elqui entre verdes y tupidas frondas. Aquí, en medio de este paisaje severo, de esta brecha entre montañas, donde en las tardes sopla fuerte el tibio terral, embalsamando el aire con fragancias a mieles, asafranes y yerbamota, transcurrió la infancia de Gabriela Mistral.

¿Qué hondos surcos trazó el majestuoso paisaje de Monte Grande en la vida de la Mistral, con qué mágico buril perfiló su estampa terrena, imprimiéndole rasgos inconfundibles y, a la vez, qué imperece-

deros sentimientos plasmó en su alma de niña, cómo despertó en ella anhelos de grandeza, plenitud y a la vez de humildad!

Contemplando esos mondos cerros o la granítica mole del Monte Grande, erigido a la vera misma del valle en cuya verde hondonada se agrupan como a la sombra del coloso las viejas casonas, imagina el viajero con qué asombrados ojos contemplaría la soñadora niña de Elqui la azul montaña que se encendía de rojo en los lujuriosos ocasos y, como en sueños, la contempla vagando por la húmeda y perfumada vega donde maduran tempranas las uvas y amarillean los sabrosos nísperos. Allí, en ese paisaje de égloga, entre fragantes flores y cabras montaraces, creció la pequeña Lucila. La montaña le dio reciedumbre y el valle su dulzura, y el paríoteo de los niños en la escuela de su hermana Emelina, le despertó sus ansias de saber, de llegar a ser maestra y de hacer versos, como su padre, allí donde "un nimbo de esplendor corona el monte y se baña en la luz la aldea alestargada".

Después la niña taciturna y solitaria, la maestrilla rural de 15 años, descendió por el valle a la aldea mayor y luego al pueblo donde su primer y único amor fue un empleado ferroviario de trágico destino a quien alude en "Los sonetos de la Muerte".

Viajó después a la capital, fue grande en la enseñanza y de insalvable vuelo en su lirismo. Desde sus tierras del Norte fue derramando su saber hasta la lejana Punta Arenas donde "la tierra no tiene primavera y en la llanura blanca de horizonte infinito miró morir inmensos ocasos dolorosos".

Su verbo encendido, la noble jerarquía de su magisterio, la llevó a Méjico, después a Cuba, Puerto Rico y Estados Unidos. Peregrinó por las universidades de España, Francia e Italia, transmitiendo sus líricos mensajes; sintió toda la embriaguez de los viajes y abandonando momentáneamente su estro, se forjó periodista, escribió para "El Mercurio" y trazó admirables biografías de escritores y pensadores cuya amistad cultivó.

Todavía recordamos su recia estampa cuando llegaba a la mansión de la calle Compañía a charlar con el Subdirector Armando Donoso. Tenía un andar majestuoso de reina y su voz, de roncás sonoridades, cautivaba a cuantos la escuchábamos.

Lejos de la patria, en Nueva York, se extinguió un 10 de enero de 1967 la vida de esa mujer admirable, de la maestrilla rural de Elqui que sentó cátedra en las universidades de Estados Unidos; de la tímida colaboradora de "El Coquimbo" de La Serena, que obtuvo el Premio Nóbel de Literatura. Sus restos reposan allí en Monte Grande, en una suave colina que domina el valle de su infancia y de sus líricas ensañaciones que plasmó en las recias estrofas que le dieron nombradía.

Un día de abril en el Valle de Elqui [artículo] Hugo Ercilla Olea.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ercilla Olea, Hugo, 1905-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un día de abril en el Valle de Elqui [artículo] Hugo Ercilla Olea.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile